

JUDE ARCHER

ANILLOS Y ESTRELLAS



THE HIDDEN SOCIETY

shh!



ANILLOS Y ESTRELLAS

A los que dejan un poco de espacio para la magia
JUDE ARCHER

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo per la traduzione assegnato dal Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione Internazionale italiano.

Este libro se ha traducido gracias a una beca de traducción otorgada por el Ministerio de Asuntos Exteriores y Cooperación Internacional italiano.

Traducido por Isabel Soto

Título original: *The Hidden Society. Stelle e Ottone* de Jude Archer

© Editrice Il Castoro, 2024

Viale Andrea Doria 7, 20124 Milano (Italia) · www.editriceilcastoro.it · info@editriceilcastoro.it

Idea original de Book on a Tree Ltd. www.bookonatre.com

Ilustración del mapa y del marcapáginas traslúcido: Martina Ponente

Cubierta y concepto gráfico: Benedetta Baraldi

© De esta edición: Grupo Editorial Luis Vives, 2025

ISBN 978-84-140-6539-6

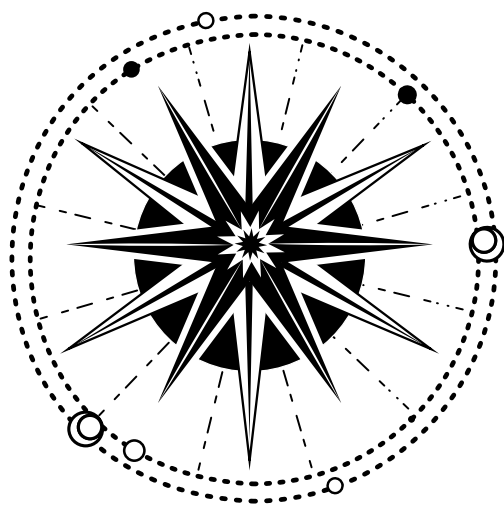
Depósito legal: Z 1189-2025

Impreso en Italia por Elcograf S.p.A

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

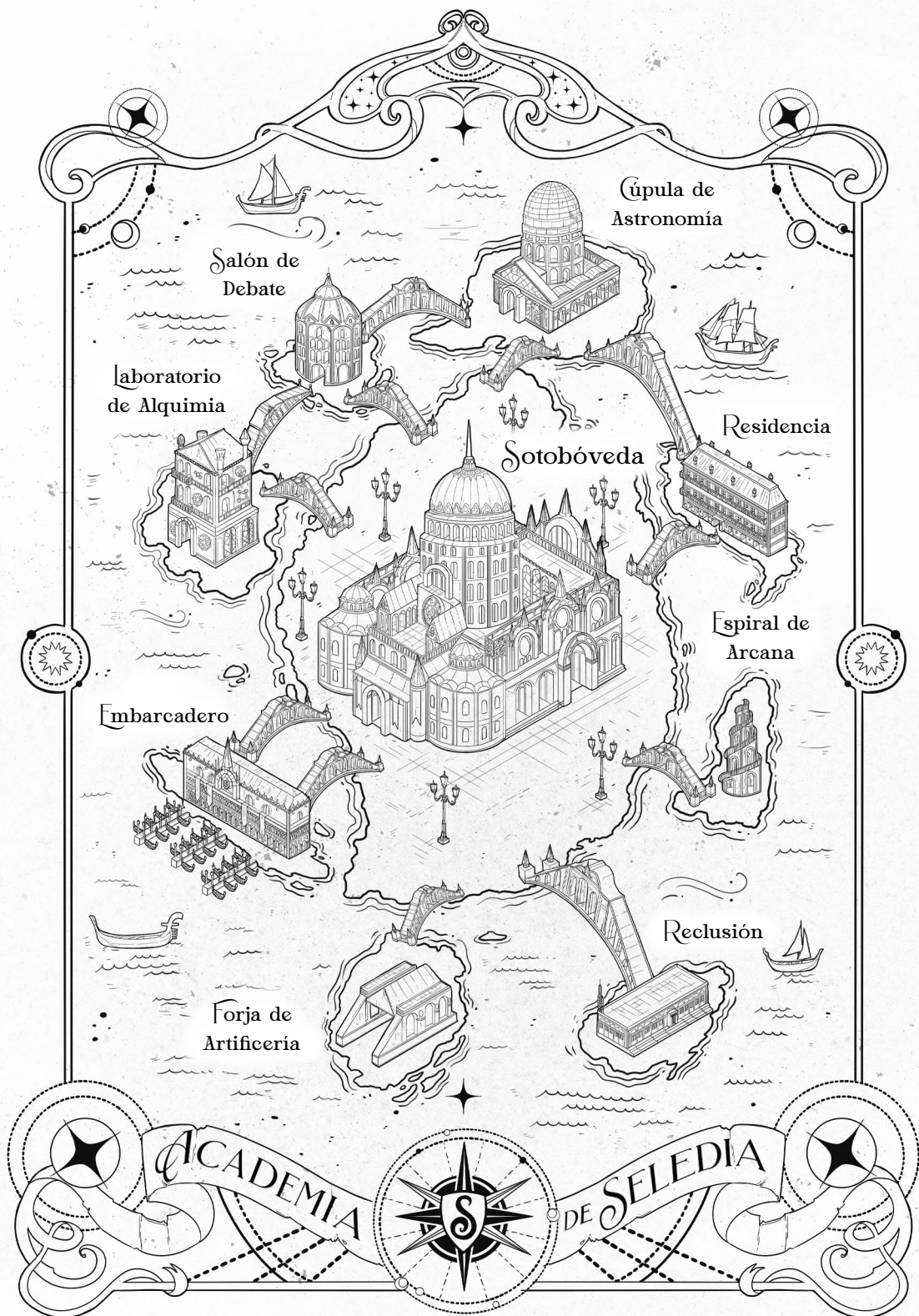
JUDE ARCHER

ANILLOS Y ESTRELLAS

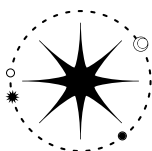


THE HIDDEN SOCIETY

shh!



CAPÍTULO 1



La oscuridad armoniza con el silencio. Eso fue lo que pensé al entrar en la Biblioteca Marciana, mi primer día en Venecia. La oscuridad descendía desde el techo y planeaba sobre los conos de luz que emitían, con su zumbido característico, las antiguas lámparas. Si cerraba los ojos, me parecía oír una invocación, susurrada por los frescos de los filósofos y sabios que observaban a los estudiantes desde las paredes. Y enseguida llegaba mi sonido favorito: el del paso de las páginas con la tinta impresa en el papel. Lo habría escuchado hasta quedarme dormida, de no ser porque caminar por los pasillos de una biblioteca me hacía sentir despierta, viva. Los globos terráqueos de madera rechinaban, mecidos por la brisa, y parecían rogar el estudio de alguna región perdida en el tiempo. Las vitrinas contenían pequeños tesoros cuya consulta se convertía casi en una proeza. Y luego, por supuesto, estaban los libros. Estanterías y corredores repletos de volúmenes desgastados por las manos que los habían hojeado, que los habían devorado. Una envidiable colección que abarcaba cuanto se podía ansiar saber. En mi primer día allí me prometí leer todos los libros de arqueología para estudiar el pasado. Ignoraba entonces que uno de ellos tenía que ver con mi futuro.



Deslicé la mano izquierda por la gabardina hasta dar con la abultada y pesada cartera de piel en la que llevaba los libros de texto. Me aseguré por enésima vez de que las hebillas estuvieran bien cerradas y luego entrelacé los dedos, con cuidado de no hacerme daño en el meñique. Parecía un dedo como cualquier otro, delgado y adornado con un anillo de plata, pero era una prótesis de silicona. Me lo rocé con el pulgar y, como siempre, no sentí nada. Todo estaba bien y al mismo tiempo no lo estaba.

No existía ni un solo estudiante universitario que se mostrase optimista la mañana de los exámenes, y yo no era la excepción. Con el paso de los años había descubierto varias técnicas para calmar los nervios, como repasar en el último segundo o escuchar música relajante con los auriculares. Sin embargo, mi método para tranquilizarme consistía en pasear por edificios centenarios. De todos ellos, el que albergaba la Biblioteca Marciana era mi preferido. Me recordaba por qué había elegido estudiar Ciencias de la Antigüedad y me ayudaba a visualizar el futuro. Algún día consultaría los espléndidos globos terráqueos renacentistas para ubicar el recorrido de las expediciones antiguas o podría examinar hasta el más minúsculo detalle de los bajorrelieves de las galerías y descubrir valiosas informaciones sobre el pasado. No obstante, por el momento debía concentrarme en el presente inmediato.

Pasé por delante del escritorio de Lucio, el bibliotecario más permisivo que había conocido nunca, ya que, en lugar de imponer silencio, mendigaba fragmentos de charla. Y yo siempre estaba dispuesta a concedérsela.

—Buenos días, Ámbar, ¿qué examen tienes hoy? —me preguntó mientras colgaba el cartel con el nuevo horario de otoño.

—¿De verdad soy tan transparente? —repliqué, colocándome el flequillo sobre los ojos con la esperanza de disimular la tensión que probablemente fruncía mi frente como un signo de exclamación.

Lucio soltó una risita, un sonido perfectamente medido de acuerdo con la distancia que nos separaba de la sala de lectura. Se limitó a decir:



—Solo puedes estar nerviosa por dos motivos: la Universidad o Ismael Sagredo.

Le dirigí una mirada de indignación: ¿cómo se atrevía a mencionar a mi más insoportable rival académico? Decidí hacer oídos sordos a su comentario mordaz.

—Bueno, tengo Arqueología Persa dentro de... —Consulté el reloj que llevaba en la muñeca y tragué saliva—. ¡Cuarenta minutos!

—Tiempo suficiente para saludar a los maestros y luego correr hacia tu enésima victoria.

Sonrió, levantando el puño. Los maestros a los que se refería eran los grandes filósofos del pasado retratados en los frescos del techo y las paredes.

Hice un esfuerzo para asentir y disfrutar de la propuesta. En las horas previas a un examen, me tomaba cualquier perspectiva de éxito como si estuviera condenada a fracasar, a pesar de saber que estaba más que preparada. Así que cambié de tema. Acerqué la mano a la gorra que llevaba puesta y me calé la visera casi hasta la nariz.

—¿Crees que llama demasiado la atención aquí dentro?

Lucio me sonrió.

—Si te hace sentir segura, no te la quites.

—Daré una vuelta rápida. Estaré fuera antes de que lleguen los turistas —prometí.

Las primeras horas de la mañana eran el único momento del día en que la Biblioteca podía tomarse un respiro de la avalancha de visitantes.

—Lo siento, Ámbar, pero ya hay un grupo de estudiantes —me advirtió Lucio, señalando la entrada del pasillo—. Son franceses, así que no deberían... molestarte.

Solté un suspiro de alivio, le di las gracias a Lucio y me despedí. Caminé arrimada a la pared, con la cabeza gacha, mientras observaba al grupo por el rabillo del ojo. A juzgar por el silencio que mantenían y su atención a las explicaciones de la guía, debía de tratarse de una clase a la que le entusiasmaba el arte. ¡Ojalá todos los visitantes se comportasen así!



Sonreí complacida. Sentía veneración por todo lo antiguo y estaba convencida de que la mejor manera de conocer el pasado consistía en avanzar como de puntillas. Y así lo hice. Adelanté a los escolares y me adentré en el corredor, vigilada por la mirada displicente de un amorcillo. En mitad del recorrido, unas palabras me rechinaron en los oídos.

—La fachada de la Biblioteca pertenece al orden toscano...

Era la voz de la guía francesa, la segunda lengua que había estudiado en el instituto.

Sentí un cosquilleo en los labios y me obligué a apretarlos. No debía intervenir. Demostraría el típico comportamiento de una empollona insufrible y cargaría de razón a los que me llamaban así en el instituto. Haría quedar mal a la guía y atraería la atención. Y mi plan, ahora que había regresado a Venecia, era pasar tan desapercibida como las palmeras al fondo de los frescos.

—En realidad, la mitad superior de la fachada es de orden jónico, y el friso es estupendo, ¿no os parece?

Las palabras se me escaparon de la boca antes de que pudiera detenerlas, en un francés aceptable. Para asegurarme de que me entendían, levanté la mano izquierda, al tiempo que señalaba la entrada.

La guía, una mujer de rostro cuadrado en el que destacaban unos labios desmesuradamente grandes, me fulminó con la mirada. Le dirigí un gesto de disculpa, silenciando a la pequeña víbora que vivía en mi conciencia y me susurraba algo así como: «La próxima vez se preparará mejor la materia por la que le pagan». Odiaba mi lado más pérfido, que se mostraba aún más despiadado con mis propios errores, e intenté disimular luciendo una sonrisa amable.

Todos los alumnos tenían los ojos clavados en mí, y la mayoría, por suerte, parecían divertidos por mi intervención. Una chica con el pelo largo y negro sujeto con un pañuelo le soltó un codazo a su compañera y le comentó algo. En cambio, la que imaginaba que era la profesora me dio las gracias.



—*Je vous souhaite une bonne visite. Au revoir* —añadí, deseándoles una buena visita y volviéndome con el propósito de desaparecer.

—Es Ámbar de los Canales —susurró la chica del pañuelo.

Aquello bastó para paralizarme, para rememorar el sonido de aquel sobrenombre repetido hasta la saciedad por voces diferentes ante los micrófonos, divulgado en la apertura de los telediaros y en la portada de los periódicos. Di un paso atrás, pero a mi espalda había una columna. Entonces, la chica empezó a hablar en francés, y yo deseé no haberme aplicado tanto en las clases de comprensión lingüística en el instituto, pues entendí perfectamente lo que decía y el diálogo posterior.

—¿Qué dices, Marion? —le preguntó la profesora.

—Que esa chica es Ámbar de los Canales —repitió la estudiante con más firmeza, señalándome.

—¿Quién es Ámbar de los Canales? —intervino en esta ocasión otra persona.

Las miradas de todos ya no reflejaban diversión, sino curiosidad.

—Será alguien de uno de esos *podcasts* morbosos que se dedica a escuchar Marion —comentó alguien.

—No son morbosos. Son *true crime* de personas que intentan resolver grandes misterios contemporáneos —rebatí Marion, sacándose el teléfono del bolsillo y tecleando unas palabras que yo no alcanzaba a ver. Que no *quería* ver.

—Te equivocas —balbuceé, con la garganta repentinamente seca.

Agarré el colgante que escondía bajo la blusa. Lo apreté hasta que sentí como su forma se imprimía en mi palma. Deseaba salir corriendo de allí, pero mis piernas estaban tan rígidas y frías como la piedra que tenía a mi espalda.

—No, mirad. Lo estaba escuchando justo antes de salir —dijo Marion, enseñando una foto en su teléfono móvil.

En ella se veía a una chica de unos veinte años que se apartaba un mechón de pelo castaño del rostro con la mirada clavada en los canales de



Venecia. Llevaba un vestido de color violeta que ondeaba con la brisa y parecía tan abstraída que el viento podría haberla arrastrado. Me costó reconocerla, pero era yo. Se trataba de la imagen que había circulado por todas partes, tanto por televisión como por las redes sociales. No había transcurrido ni un año; sin embargo, aquella chica y yo éramos dos personas diferentes.

La oscuridad del techo se desplomó sobre mí. Las preguntas curiosas de los demás estudiantes rompieron el silencio. Sus miradas me traspasaban: buscaban la verdad en mis ojos, observaban cómo las falanges de sílica se cerraban de manera convulsa, al igual que el resto de mis dedos.

—Estuvo desaparecida una semana... —explicaba Marion, y esas palabras dibujaban recuerdos, o más bien la ausencia de ellos. La oscuridad, la confusión, mi despertar bajo las estrellas, como si me hubiera dormido apenas unas horas antes. Más tarde, las luces, los uniformes de policía y, por fin, el olor aséptico del hospital, que había ofuscado mis sentidos, como una especie de anestesia— y perdió la memoria...

La voz exaltada de la chica francesa seguía relatando detalles de mi vida, y yo captaba fragmentos, aterrorizada por si descubría algún aspecto que ignoraba. Era consciente de que muchos aficionados al *true crime*, aparte de las autoridades, habían seguido mi caso. La mera idea de que mi vida hubiera sido diseccionada, sometida a examen y difundida por doquier para satisfacer la curiosidad de cientos de desconocidos había sido una de las razones por las que me aislé del mundo después de... lo sucedido. Nunca había encontrado un nombre adecuado para definirlo. Me limitaba a dividir mi vida en dos momentos: antes y después. Tardé meses en recuperar cierta normalidad, pero aún no me sentía capaz de hablar de lo sucedido entremedias. Y mucho menos iba a hacerlo con una estudiante francesa que había espulgado mi existencia como se hace con los lugares de interés de una guía de viajes.

Inspiré el aire seco de la Biblioteca y me aparté de la columna. Oí vagamente que Marion me llamaba con el propósito de sacarme una foto,



y a la profesora ordenarle que parase. Recorrí el pasillo a paso ligero, sin hacer ruido. Tenía que hacer un examen, uno de los pocos que me faltaban para licenciarme. No podía dejarme arrastrar por el pánico. Conocía la senda que llevaba a las profundidades: se hacía a toda velocidad, mientras que remontar era un proceso lentísimo, resbaladizo.

Atravesé a la carrera la plaza de San Marcos y esperé unos minutos a que llegara el *vaporetto*. Venecia empezaba a llenarse de turistas y los recibía a todos en sus canales. Lucía espléndida con su imagen otoñal. Los palacios iluminados se reflejaban en la laguna, y las aguas acariciaban los embarcaderos, haciendo aparecer y desaparecer hileras de góndolas amarradas. Era como si la ciudad se encontrase suspendida sobre un espejo y su existencia perteneciera al ámbito de un sueño. No obstante, allí estaba.

Sujeté con fuerza la cartera mientras me montaba jadeante en el *vaporetto*. Comprobé la hora. Llegaba tarde, no demasiado, pero sí lo suficiente para perderme el momento en el que se pasaba lista. El profesor Alberini era uno de los docentes más transigentes de la Universidad Ca' Foscari de Venecia, puede que en exceso. Algunos alumnos se aprovechaban de ello, pero yo no tenía intención de sumarme a ese comportamiento. No era así como había mantenido mi media alta. No, se debía a otras razones. Al intenso estudio y a la atención durante las clases. Al menos hasta que... No. Me obligué a reprimir los recuerdos evocados por la chica francesa y me llevé una mano al pecho. El colgante sobre mi corazón parecía controlar su latido, así que lo apreté en la mano hasta que se ralentizó. Decidí concentrarme en las gaviotas que flotaban en el Gran Canal porque me recordaban a mi hogar. Había crecido en Génova, donde el mar era más bravo y las gaviotas se peleaban con los aguerridos pescadores por agenciarse el desayuno, hasta el punto de que a menudo se aventuraban en la ciudad y robaban la comida a los turistas. Conservaba en la memoria una escena especial, si bien algo estúpida, aunque siempre conseguía hacerme reír y calmarme: la imagen de una gaviota que hundía el pico en un bote de ketchup y acababa con los labios pintados. Como si



hubiera cometido un asesinato, había comentado alguien. El recuerdo funcionó, y me vi obligada a reprimir una carcajada. Cuando llegué a la parada de Ca' Rezzonico, mis pensamientos más oscuros se habían esfumado. Me cerré el cuello de la gabardina y me apeé en el embarcadero de la Universidad.

En el patio interior del viejo palacio Foscari se congregaban los más extravagantes corrillos de estudiantes que, junto a los parterres, invadían el césped en círculos que apestaban a tabaco. Pasé junto a una pareja que repartía octavillas en el sendero de entrada, atraída por la fila de estudiantes parados junto a un banco. En él, sentada con las piernas cruzadas, una mujer ataviada con unos velos analizaba la palma de la mano de una chica.

«El día que esté tan nerviosa como para necesitar que una bruja me vaticine las respuestas de un examen, habrá llegado el momento de abandonar los estudios», pensé, imaginando que la mujer ofrecía ese servicio.

Ignoré el reclamo de los cascabeles que llevaba en las muñecas y llegué a la primera planta casi a la carrera. Me levanté un poco la visera de la gorra y entré en el Departamento de Antigüedades a las nueve cuarenta. Diez minutos tarde. Fuera del aula, un grupo de estudiantes chismorreaba en voz baja. Una chica con un *piercing* en el labio me miró de arriba abajo y abrió los ojos de par en par al reconocirme.

—Tú eres Valmori, ¿verdad? Acaban de pasar lista, pero el profesor me ordenó que te permitiera entrar en cuanto llegases para registrar tu asistencia.

Típico del profesor Alberini: no dejar a nadie atrás. Gran parte de los docentes me habrían mandado sin pensárselo dos veces a la siguiente convocatoria. Le di las gracias a la chica con un gesto y llamé a la puerta del despacho.

—Adelante —respondió una voz extrañamente joven.

Perpleja, empujé la puerta y eché un vistazo al despacho estrecho y familiar. El escritorio estaba abarrotado de libros y acogía un pequeño y antiguo globo terráqueo con un puñado de banderines clavados sobre



cada uno de los continentes, pero la silla estaba vacía. No obstante, de pie ante una estantería, reconocí al alumno más odioso de mi clase: Ismael Sagredo, en carne, hueso y sonrisa mordaz.

Nuestra rivalidad se remontaba a los primeros meses como universitarios novatos. Éramos los que siempre levantábamos la mano en clase, los que acudíamos a las tutorías de los profesores para pedir bibliografía complementaria y los últimos en abandonar la biblioteca. Pero desde..., después de lo ocurrido, no lo había vuelto a ver.

—Recordaba su metedura de pata con las fechas de las repúblicas francesas, señorita Valmori, pero confiaba en que la hora de un examen le resultase más fácil de memorizar —dijo Ismael, sacando un reloj de cuerda del bolsillo de su pantalón de corte clásico.

Alcé la mirada al cielo. Reservaba toda esa cortesía para los días en que quería mostrarse particularmente irritante.

—Hola, Ismael. Pues yo te recordaba con un aspecto bastante similar al de un hallazgo arqueológico —respondí con suficiencia, señalando sus tirantes, sus zapatos de piel repujada, el par de anillos en los índices y el rojo y dorado en el dedo corazón, y su pelo oscuro, que le caía en dos mechones a ambos lados de su frente olivácea—, pero querer formar parte de la colección privada del profesor Alberini ya me parece exagerado.

Los ojos de Ismael emitieron un alegre destello. Se guardó el reloj y se recostó contra la librería.

—En conclusión, opina que quedaría bien expuesto en un museo.

—Venga, corta el rollo, puedes decir algo mejor que eso. —Puse los ojos en blanco y conseguí que mis labios no mostraran atisbos de hilaridad. Ya era suficiente burla que me tratase con tanta cortesía. No iba a darle ni una satisfacción más—. Llévate el libro que necesites, que seguro que será ilocalizable y tal vez esté escrito en árabe antiguo, y déjame en paz. He tenido una mañana horrible y debo aprobar este examen sea como sea.

—Ya veo —comentó, señalando mi blusa arrugada por culpa de la carrera—. Sin embargo, señorita Valmori, quizás no se haya enterado de



que he terminado mis exámenes antes de tiempo y me he graduado con las mejores calificaciones, de manera que el profesor Alberini me ha ofrecido el puesto de asistente. Y como hoy no se encuentra bien, seré yo quien me encargue del examen. Así pues, tomo nota de su asistencia y le ruego que salga y espere su turno junto a sus compañeros. Una última cosa —añadió, apoyándose en la cátedra, con las manos abiertas junto al libro de actas y una sonrisa socarrona—: cuando vuelva a entrar, diríjase a mí llamándome profesor Sagredo.

El examen fue un desastre: el recuerdo de lo estudiado quedó sepultado por las voces de los estudiantes franceses, a lo cual se sumó la desagradable sorpresa de ser examinada por Ismael Sagredo y no por el benévolo profesor Alberini. Hacía meses que no me enfrentaba a ningún contratiempo, meses en los que mi entorno me había construido una vida entre algodones. Aislada, controlada, cautelosamente advertida de cualquier mínimo imprevisto. Mi casa se convirtió en una burbuja que tardé meses en explotar, hasta que, en contra de la opinión de mis padres, decidí regresar a Venecia.

Bosquejé una serie de respuestas imprecisas, pero, por las miradas de Ismael, comprendí que poco podía hacer para remediar la nota.

—Lo siento, Valmori, lo máximo que puedo darle es un notable raspado —dijo por fin, girando los anillos en sus largos dedos.

—Un notable raspado —repetí, clavando la mirada en mi cartera, apoyada en el globo terráqueo. En su interior guardaba todos los libros que había leído y releído para prepararme.

—Es la nota que merecen sus respuestas —me confirmó, desplazando el dedo índice sobre los apuntes que había tomado mientras yo exponía los temas del examen.

No había sacado un notable raspado en mi vida, no aceptaba nada que no rozase el sobresaliente. Sin embargo, no era aquel el motivo de mi perplejidad.



—No es un examen de notable. Ha sido un asco. Como mucho, me merezco un suficiente, aunque ambos sabemos que esa nota está muy lejos de satisfacerme —dije, recordando las veces que habíamos presenciado nuestros correspondientes exámenes.

Ismael entrelazó las manos sobre el libro de actas. Los alumnos que me habían precedido no tenían calificaciones mucho más altas que las mías, aunque no es que me consolasen los malos resultados de los demás; en todo caso, me motivaban los mejores.

—Valmori, siempre ha sido demasiado exigente consigo misma. Le aseguro que es un examen de notable.

Busqué en el rostro de Ismael un atisbo de sinceridad. Me detuve primero en sus labios y luego en sus ojos, perfilados por lo que podrían ser o bien ojeras o bien lápiz de ojos. Se tratase de lo que se tratase, resaltaba el color terracota de sus iris.

«No te distraigas», me impuse.

—¿Está de acuerdo conmigo? —preguntó Ismael, jugueteando entre los dedos con una espléndida pluma estilográfica roja con un ocho dorado alargado y en relieve. Me resultaba familiar. Quizás lo había visto escribiendo con ella docenas de veces en la biblioteca.

—No. Creo que me trata con condescendencia porque...

Porque había desaparecido, porque en los meses que permanecí recluida en casa de mis padres había cortado todo contacto con los demás y aparcado mi carrera universitaria para recuperarme.

—Valmori, me ofende que piense que permito que los factores externos influyan en mi juicio. Si no me equivoco, así lo establecimos el primer curso. *Sic itur...* —Ismael dejó la frase en el aire.

«*Ad astra*», completé. Mi corazón se aceleraba cada vez que mi mente lograba sacar a flote un recuerdo sin esfuerzo. ¡Había tantos que temía haber perdido! Aunque tal vez ese en concreto habría sido mejor olvidarlo. Era un lema cruel que circulaba entre los alumnos más brillantes. «Así se va a las estrellas». Daba a entender que no había tiempo para volverse



a mirar a los compañeros que se quedaban atrás. La compasión era para los conformistas. Durante un tiempo había recitado aquel lema con orgullo, lo había asumido. Me lo repetía cada vez que veía desaparecer alumnos del aula y luego me enteraba de que habían abandonado los estudios. O cuando veía como otros salían llorando de un examen. Me lo repetía convenciéndome de que la mejor ayuda que podía ofrecerles era la indiferencia.

—¿Valmori? —me apremió Ismael, señalando con la punta del dedo el notable que había plasmado en el acta, junto al espacio en blanco que aguardaba por mi firma.

Apreté los labios. Había estudiado durante días. Estaba segura de que mi dominio de la materia era muy superior al que había demostrado. Sabía que me merecía más. De pronto, me levanté y me incliné sobre el registro. Le arrebaté la estilográfica roja de las manos y marqué la casilla que confirmaba el rechazo del notable para a continuación añadir mi firma y la fecha al lado de aquella calificación con la que no quería tener nada que ver.

Cuando alcé la mirada, me percaté de que Ismael estaba peligrosamente cerca. Lo bastante como para permitirme oler su perfume a sándalo y a una fragancia que yo asociaba con el incienso, sin saber lo que era. Ismael debía de tener antepasados orientales de los que había heredado los ojos rasgados y la nariz aguileña, imperfecta, que destacaba sobre una boca severa. Le había oído pronunciar muchas veces palabras en la lengua de sus ancestros, pero la exclamación que soltó aquel día tenía un sonido extraño, similar a un insulto. Entonces se inclinó hacia mí y me rozó la mano para recuperar la estilográfica.

—¿Tiene por costumbre robar a los profesores, Valmori? —preguntó, mientras se recolocaba detrás del escritorio. Me observaba como si estuviera a punto de elegir mi castigo.

Apenas oí la pregunta. Mis dedos habían permanecido abiertos, trazando el surco que habían ocupado los de Ismael, como si no quisieran aceptar su desaparición. Hacía demasiado tiempo que no estrechaba otra



mano, pues temía que el contacto me desestabilizase. En cambio, me había resultado familiar.

—¿Debo interpretar su silencio como una confesión? —insistió Ismael.

Se mostraba muy creíble, como si estuviera acostumbrado a someter a criminales a interrogatorios a diario. O quizás todo se debía a sus ademanes aristocráticos.

—Solo a quienes se lo merecen —respondí con sequedad, cerrando los dedos para ahuyentar la sensación. Había fracasado en el examen, ya no podía sucederme nada peor.

—Entonces tendré que estar atento, porque buena parte de estos objetos son míos —concluyó, haciendo girar el globo.

—No se preocupe, no querría sus baratijas ni regaladas. —Le sostuve la mirada, pues estaba segura de que, si me fijaba en el globo terráqueo, los ojos me brillarían de lo antiguo y valioso que era.

—¿Está segura de haber rellenado todo correctamente? —preguntó Ismael, haciendo caso omiso de mi flagrante mentira para estirarse sobre el escritorio y apartar mi cartera con el fin de acercarme el libro de actas.

Ni siquiera lo miré.

—Puede que me haya confundido con la cultura kebariense y la natufiense, pero estoy segura de que aún soy capaz de escribir correctamente mi nombre y una fecha —sentenció.

—Sin embargo... —empezó Ismael, pero nos interrumpieron unos golpes en la puerta.

La estudiante del *piercing* asomó la cabeza y preguntó si habíamos terminado. Caí en la cuenta de que llevaba casi una hora en el despacho y, despidiéndome a toda prisa del «profesor Sagredo», salí corriendo sin volverme.

Ismael intentó seguirme, pero los alumnos apostados en la puerta del despacho le cerraron el paso, mientras que yo logré escabullirme sin llamar demasiado la atención. Tenía la sensación de haber corrido una maratón



y quizás ni siquiera eso justificase cómo me encontraba. Mi mente estaba... cansada, no se me ocurría otra palabra para definir mi estado, lo cual suponía una derrota para alguien como yo, acostumbrada a considerar mi vocabulario lo bastante rico como para expresarme con más precisión que una niña de primaria. El episodio de aquella mañana había debido de alterarme mucho si ni siquiera la imagen de la gaviota con los labios manchados de ketchup había conseguido tranquilizarme.

Salí al patio y me senté en un banco para revisar el móvil. Solo tenía un mensaje, de Domiziana, mi madrina, con quien vivía desde mi primer año en Venecia. Era profesora de física y odiaba la tecnología, así que no me sorprendió la redacción telegráfica del mensaje: «18:00 h. Estate preparada. Elegante». «¿Ni siquiera una pista? De acuerdo», respondí.

«Elegante» no servía como pista cuando se trataba de Domiziana: era el único estilo con el que aceptaba aparecer en público. El compromiso que acababa de aceptar tanto podía ser una reunión informal como una suntuosa recepción. La única manera de averiguarlo era estar lista a la hora acordada. Para mi anfitriona, la puntualidad era un requisito irrenunciable. Con una pizca de ansiedad, consulté el reloj. Solo eran las once y media. Tenía tiempo de sobra y ningunas ganas de volver a casa. Me iba a acribillar a preguntas sobre mi examen y no estaba preparada para responderlas. Miré a mi alrededor y descubrí que la pitonisa todavía estaba allí. Ponía orden en una caja de piedrecitas, y sus movimientos se veían acompañados por el frufú de los velos y el tintineo de las pulseras. Se había recogido la larga melena gris y enseñaba sus arrugas y la diadema que relucía en su cabeza.

«Ámbar, no». Me dije que no estaba tan desesperada como para que una adivina me leyera el futuro, a pesar de que siempre me habían fascinado las historias de amigas que habían escuchado predicciones sobre la inicial del nombre de su futura pareja o sobre de qué color ir vestida para destacar en una entrevista. Me disponía a marcharme cuando nuestras miradas se cruzaron.



Me quedé atrapada en el espejo cristalino de sus pupilas y, sin necesidad de palabras, entendí que me estaba llamando. Acepté la petición, sintiéndome un poco tonta, y me acerqué a su banco.

—No necesito que me leas el futuro —le dije con altiva amabilidad. Declinaría su oferta y me iría a los canales a leer con las gaviotas.

—Está claro que no. Antes de nada, deberías indagar en tu pasado.

Su respuesta hizo saltar en pedazos mi seguridad, así que me dejé caer en el banco. Me pregunté si se trataría de un sueño, pero el viento arremolinaba las primeras hojas amarillas por el patio y el resto de estudiantes charlaban como si tal cosa. El aire olía a otoño y todo era demasiado real.

La vidente me observó con la sonrisa cómplice de quien ha visto muchos ojos abrirse de par en par. Luego, con calma, sacó un mazo de brillantes cartas negras con un marco dorado.

—Te esperaba, ¿sabes? Las cartas me han guiado hasta aquí. Me llamo Zora y sabía que, tarde o temprano, vendrías —comentó mientras barajaba. Su voz sonaba como un hechizo hipnótico.

Inspiró, como rogándole al aire que guiara sus manos, que moviera las cartas como si no fuera el azar quien las mezclase, sino la energía que se estaba creando entre nosotras.

—Escoge una —me dijo.

Vacilé, por miedo a descubrir un destino todavía más negro. Siempre había dudado si creer o no en el poder de la clarividencia. Desde luego, sabía que podía afectar a la mente de forma negativa. O, por supuesto, también en sentido positivo. Me aferré a esa esperanza y pasé los dedos por encima de la baraja. Las cartas palpitaban con mi contacto, parecían escabullirse, apartarse, como si no quisieran ser elegidas. Estaba a punto de rendirme cuando los dedos se me cerraron y eligieron una.

—Dale la vuelta —me indicó Zora.

Obedecí y descubrí un trozo de cielo. La carta atrapaba la esencia nocturna, el azul perfecto de una noche sin luna, en cuyo centro resplandecía una inmensa estrella de puntas afiladas.



—La carta de las estrellas —comentó, mirándome hasta conseguir que me asomase de nuevo a la profundidad de sus ojos—. El comienzo de una nueva era solo espera tu paso. No tengas miedo del fuego, solo consume a los que temen arder.

Retrocedí y traté de devolverle la carta, pero Zora negó con la cabeza y se limitó a decir:

—Es tuya, al igual que mis palabras.

Tomé aire. No debía dejarme sugerir; además, la predicción podía referirse a cualquier aspecto de mi vida.

Los ojos de Zora tenían una profundidad inquietante. Parecían estar allí y a la vez muy lejos.

—Gracias. ¿Cuánto...? —murmuré, tanteando la cartera para sacar el monedero.

—Con tu nombre me basta —me interrumpió, intuyendo mis pensamientos.

Abrí la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Volví a intentarlo, confusa, repitiendo el sencillo parlamento que llevaba recitando desde hacía más de veinte años cuando tenía que presentarme. Pero mi nombre no salía. Ya no lo recordaba.

Palidecí. La niebla ocupaba el lugar de mis pensamientos. Densa e inmóvil, tan persistente que no me permitía distinguir nada.

Sabía que tenía un nombre y un apellido. Los había pronunciado cientos de veces y escrito otras tantas. Conocía su sonido. Empezaba aspirando aire y luego estallaba en mis labios, haciéndome cosquillas en el paladar con la lengua. El apellido salía más despacio, tenía el ritmo de una ola que serpenteaba con elegancia. Pero las letras se arremolinaban y se me escapaban. Conocía esa sensación. La había experimentado al despertarme después... *después*.

Me asusté al descubrir confusión en los ojos de Zora y, balbuceando una disculpa, eché a correr. Sabía ser rápida si quería; en aquel momento, deseaba encerrarme en el baño, sentir el frío de los azulejos y tranquilizar-



me hasta que todo se aclarase. Guardé la carta en la cartera y volví a entrar en la universidad para cruzar el pasillo a la velocidad del rayo, ignorando las miradas de los demás estudiantes. Tenía que encontrar un lugar protegido. Sin embargo, un par de manos detuvieron mi carrera, haciéndome girar para frenar mi impulso. Unos dedos largos y cálidos y un aroma a sándalo que resultaba inconfundible. Su voz sonaba áspera y dulce al mismo tiempo.

—Te he encontrado —dijo Ismael Sagredo.

Ismael parecía molesto mientras se metía algo en el bolsillo de la camisa. Tan molesto que se volvió hacia mí sin miramientos. También él debía de haber corrido, probablemente por las escaleras que daban al pasillo. Por eso no lo había visto llegar.

Se aclaró la garganta y recuperó su gesto impecable.

—Has escrito mal la fecha, Valmori —dijo, sin darme tiempo a reponerme. De debajo del brazo extrajo el acta de asistencia al examen y señaló la línea.

Leí las letras de mi notable rechazado y... Ámbar Valmori. El sonido de mi nombre copó mi mente. La forma en que mi madre lo pronunciaba, cuando me repetía que yo era su piedra preciosa. El tarareo despreocupado de mi padre, que siempre encontraba una nueva melodía que silbar. Cómo me había ruborizado al oírse pronunciar a mi primer novio y lo tensa que me había puesto cuando lo había gritado mi profesor de violín de la escuela primaria.

—¿Te encuentras bien, Valmori? —Ismael me entregó un bolígrafo. No su maravillosa pluma estilográfica, que descansaba en el bolsillo de su camisa. Era un simple bolígrafo negro, una invitación a cubrir el acta.

—Claro, ¿por qué no me iba a encontrar bien? —No tenía intención de mostrarme más alterada de lo necesario.

—Pareces agotada —comentó Ismael, con un encogimiento de hombros que pretendía poner fin a la conversación. Mientras corrigiera la fecha, imaginé.



—Sé que no te lo vas a creer, pero esta noche tengo un compromiso. No a todos nos entusiasma la idea de quedarnos en la universidad hasta altas horas de la noche.

Provocarlo me hacía sentir bien. Me traía recuerdos de una época en que mi única preocupación era sacar una nota más alta que la suya.

—¿De verdad, Valmori? ¿Eres tú la que se atreve a bromear sobre tener vida social? —Enarcó una ceja, evocando con una mirada las tardes pasadas en la biblioteca vigilándonos mutuamente, luchando contra el sueño para no ser el primero en cerrar los libros.

Agité la mano armada con el bolígrafo y lo aproximé a la fecha, ignorando su réplica. La leí y la releí, pero estaba correcta.

—¿Qué pasa? —pregunté, convencida de haber escrito el día correcto.

—Has escrito el año con dos cifras en lugar de con cuatro —respondió Ismael.

—¿En serio?

Era una pregunta retórica. Modifiqué la fecha añadiendo los dos números que faltaban en una caligrafía minúscula, para que cupieran entre las cifras ya escritas. Si Ismael quería dárselas de perfeccionista, le seguiría el juego sin quedarme atrás. Solo tenía que volver a ser un poco más como... *antes*.

—¿Seguro que te encuentras bien, Valmori? —Ismael recuperó con delicadeza el acta y el bolígrafo.

Me miraba con una solicitud distinta a la que hasta entonces me había dispensado. Sus ojos estaban atentos, alerta, preparados para captar no sé qué señal. No solo me observaba, me analizaba, y yo más que nadie sabía que Ismael Sagredo era un observador puntilloso.

Retrocedí un paso. Tenía que mostrarme hermética. No podía permitir que descubriera mis inseguridades, el miedo que me había rodeado hasta hacía unos minutos. Eran mis problemas y los resolvería yo sola.

—Como bien has dicho antes, siempre he tenido dificultades con las fechas.



Y si no me daba prisa, también empezaría a tener problemas con los horarios. El tiempo avanzaba y había prometido estar elegante aquella noche.

—Es un placer saber que escuchas cada una de mis palabras, Valmori.
—Se pasó una mano por el pelo extrañamente despeinado.

«¿De verdad ha corrido para encontrarme? ¿Para que modifique una estúpida fecha?», me pregunté, incrédula.

Quizás sí. Ahuyenté la idea y me contuve para no contestarle que si recordaba todo lo que decía era solo porque su voz sonaba demasiado irritante para poder ignorarla. Aun así, quería superar su examen. Me despedí con una inclinación de cabeza, que él me devolvió con elegancia formal.

El peso por el fracaso en el examen había desaparecido, eliminado por el alivio de haber recuperado mi nombre.

«Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar. Ámbar».

Me prometí que jamás volvería a olvidarlo. Para ello, tendría que aprender a controlar mis reacciones ante los encuentros con personas como Marion.

Ya no estaba a salvo, como en mi casa de Génova. Había regresado a la ciudad donde sucedió todo, lo cual significaba que tenía que estar preparada para cualquier percance. Para escuchar cómo me llamaban «Ámbar de los Canales». Para encontrar fotografías mías en manos de desconocidos. Para preguntas cuya respuesta ignoraba. Resultaba incómodo, era consciente de ello. Igual que sabía que en la vida era una ingenuidad prepararse únicamente para lo que se cree merecer. Era justo ahora cuando el destino jugaba sucio, y yo, por lo que decían las cartas, debía estar atenta si no quería arder en llamas.

THE HIDDEN SOCIETY



«Incluso ahora
que podía llamar
a las estrellas por
su nombre, el único
nombre que quería
pronunciar era el suyo».

— shh! —

ISBN 978-84-140-6539-6



CI 218737